

dóciles, aun los mas bárbaros, se les gana por razon, por religion y por amor. Propon firmemente desde este mismo instante conservar siempre un aire sereno, un semblante risueño, unos modales gratos, urbanos, apacibles con todo el género humano. Nunca hables con enfado, ni en tono áspero, altivo ó impaciente. La costumbre, el genio y tu poca virtud te representarán desde luego como impracticables estos consejos: tus continuas recaídas te persuadirán, que es imposible esta reforma; pero no hay que desalentarse. A pesar de estos ímpetus indeliberados, que previenen á la voluntad, y á la razon; á pesar de esos tonos de voz demasadamente vivos, de esos primeros movimientos, que se escapan á la mayor advertencia; á pesar de esas reincidencias en la cólera, que antes se ha manifestado, que se haya prevenido; persevera siempre en tu propósito de corregir los modales, de observar perpetuamente los mas gratos, los mas apacibles; ya sea con los hijos, á quienes la aspereza pocas veces aprovecha; ya sea con los criados, ó con los súbditos, á quienes la impaciencia siempre irrita; ya sea con los extraños, que solo se ganan con el buen modo. De hoy en adelante has de renovar este propósito todas las mañanas; ó cuando ofrezcas las obras, ó al fin de la oracion: y cuando por la noche hagas el exámen de conciencia, nota bien las faltas que hubieres cometido en este particular. Con el socorro de la divina gracia, no hay genio, no hay natural, no hay costumbre que pueda resistir á la vigorosa resolucion de una buena voluntad. S. Francisco de Sales logró hacerse uno de los hombres mas dulces que se han conocido en el mundo, sin embargo de que por su naturaleza era colérico, como ya se ha dicho. Segunda: observa con particular atencion á ciertas personas de virtud sobresaliente, y repara bien, que por su dulzura inalterable han hecho muy amable á la virtud. Estudia sus modales, y advierte aquella serenidad constante, aquella afabilidad universal; aquella moderacion, aquella tranquilidad, aquel tono de voz siempre igual, siempre apacible. Te encanta, te hechiza el verlos: ¿pues quién te quita imitarlos? El orgullo destierra la dulzura. Sé humilde; sé mortificado; porque nunca se falta á la dulzura, sino porque se olvida la mortificacion. Resuelve trasladar á ti lo que te agrada en los otros. Con este importante estudio se endulza el genio mas agrio, y el natural mas desabrido se suaviza. Ten presente que ni ha habido ni habrá jamás virtud verdaderamente cristiana sin dulzura.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

SANTA MARTINA, virgen y mártir, en Roma; la conmemoracion de su gloriosa muerte se celebra el dia 1 de enero. (Véase su vida en las de este dia.)

EL MARTIRIO DE SAN HIPÓLITO, presbitero, en Antioquia, el cual habiendo incidido en el cisma de Novato, y habiéndose despues arrepentido por un efecto de la divina gracia volvió al gremio de la Iglesia, y en ella y por ella padeció un glorioso martirio; preguntándole los Novacianos cual camino era el mas verdadero, abominando el falso dogma de Novato, respondió que se debía creer aquella fe, que creia la Iglesia católica, por lo cual fué degollado en el mismo instante.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS FELICIANO, FILAPIANO, Y OTROS CIENTO Y VEINTE Y CUATRO, en Africa.

SAN BARSIMEO, obispo, en Edesa de Siria, el cual habiendo convertido á la fe católica á muchos paganos, y habiéndolos enviado delante á la gloria por la corona del martirio, los siguió despues en tiempo de Trajano.

SAN BARSÉN, obispo, en la misma ciudad, esclarecido por la gracia que tenia de sanar los enfermos; este Santo habiendo sido desterrado por orden del emperador Valente, arriano, á los desiertos de Siria por confesar la fe católica, acabó la vida en aquel destierro.

SAN ALEJANDRO, en la misma ciudad, el cual fué preso en la persecucion de Decio; resplandeciendo con las venerables canas, y confesando segunda vez la fe católica, atormentado por los verdugos entregó su alma al Criador.

SAN MATIAS, obispo, en Jerusalem, de quien se refieren hechos maravillosos y llenos de fe, y habiendo padecido por Jesucristo muchos tormentos en tiempo de Adriano, por último murió en paz.

SAN FELIX, papa, en Roma, el cual trabajó mucho por la defensa de la fe católica.

SAN ARMENTARIO, obispo y confesor, en Pavia.

SANTA ALDEGUNDA, virgen, en el monasterio Malbodio de Hannonia, en tiempo del rey Dogoberto.

SANTA SAVINA, mujer muy religiosa, en Milan, la cual murió en el Señor, estando haciendo oracion junto al sepulcro de los mártires Navor, y Felix.

— Uno de los calendarios de España adelanta hoy la festividad de SANTA MARCELA, viuda, aunque el Martirologio Romano no hace memoria hasta mañana, dia 31 de enero. Conforme á éste, véase en dicho dia el compendio de la vida de Santa Marcela.

SANTA MARTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació Sta. Martina en Roma de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fué tres veces cónsul; y fué su dichoso nacimiento hácia el principio del segundo siglo. Eran sus padres cristianos, y así criaron á la niña con el mayor cuidado, y con la mayor piedad. Desde sus mas tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fué ejemplar, y aun confusion de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra religion, y favorecida de dones celestiales, solo se ocupaba en obras de caridad, pasando los dias en oracion y retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba tambien adelantando en espíritu.

Imperaba á la sazón Alejandro Severo, que aunque se mostró favorable á los cristianos, no por eso dejó de hacer muchos mártires, entre los cuales una fué nuestra Martina. Es verisimil que la persecucion fuese obra de los ministros del Emperador, y que sin noticia del Principe desahogasen ellos el odio que tenían contra los cristianos, cubriéndose con las leyes del Imperio, y con los decretos de los Emperadores, que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados, que Martina era cristiana, la mandaron comparecer en nombre del Emperador, para que diese razon de la religion que profesaba. Comparció la santa doncella con un semblante tan majestuoso, y con una modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto, y aun con veneracion. Preguntáronla luego, si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo, respondió la Santa con tono firme y con resolucion modesta, y me hacen mucha lástima los que no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, la replicó uno de los jueces, que una doncella de tu distincion, de tu entendimiento, de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasias y supersticiones de los cristianos? Deja de reconocer por Dios á un hombre, que por sus delitos fué crucificado, y ven inmediatamente conmigo al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este Dios, á quien profesa singular devocion nuestro emperador Augusto, derramará sobre tí á manos llenas beneficios y favores, luego que le rindas aquella veneracion, y aquel culto que por tantos titulos le son debidos.

Como no reconozco otro Dios mas que el único á quien ado-



STA . MARTINA , V . Y M .

ro, replicó Martina, tampoco debo rendir á otro ni veneracion, ni culto. Mi mayor nobleza, y la prenda mayor de que me precio, es de ser cristiana; teniendo tambien por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre, y ofrecer mi vida en defensa de mi religion. Admirome ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por Dios á una estatua de mármol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artifice que vale mucho mas que ella. Y en fin, para que conozcáis por vuestra propia esperiencia, qué ridiculas son esas divinidades quiméricas, á quienes dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y veréis como reduzco en polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.

Irritados los jueces al oír una respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para que en él ofreciese sacrificio; y caso de resistirse á obedecer, que sin remision alguna fuese atormentada con los mayores suplicios.

Apenas descubrió la Santa el templo adonde la llevaban, cuando levantando los ojos y las manos al cielo, hizo esta devota oracion: «Dios y Salvador mio, que sacasteis de la nada á todas las criaturas, y que todas las reducís á la nada cuando es vuestra voluntad; dignaos de oír la oracion de esta humilde sierva vuestra, y haced ver á este ciego pueblo, que solo vos mereceis nuestra adoracion y nuestro culto, y que los idolos suyos, que son obra de sus manos, son indignos de la menor veneracion.»

Apenas acabó la Santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto, que llenó de terror á todos: una parte del templo se desplomó, y la estatua de Apolo quedó hecha mil pedazos. Oyóse la voz del demonio que residia en aquel idolo, y dijo en tono formidable: «O Martina, sierva del verdadero Dios, tú me arrojas de mi casa, donde vivia tantos años ha; y es preciso ceder á la omnipotencia de tu Dios, que vá á llenar de calamidades á este Imperio.»

Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del Emperador: y temiendo el furor del pueblo, que atribuía los milagros de los cristianos á magia y á encantamiento, mandaron que sin respeto á la calidad, ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesos bastones nudosos, y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio estaba la santa doncella bendiciendo á nuestro Señor Jesucristo, dándole gracias por la merced que le hacia de padecer

algo por su santo nombre y por su gloria. Consolóla el Señor, y la alentó con una luz celestial, asegurándola que triunfaria de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dejaron de atormentarla, y arrojándose á sus pies, declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la Santa que los alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oídos prontamente; porque el juez les mandó cortar á todos las cabezas.

No cabia en sí de gozo Sta. Martina al ver la victoria que su dulce Esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y como el tirano la apretase para que ofreciese sacrificio, y no se quisiese esponer á que se ejecutase con ella lo que se acababa de ejecutar con los otros, le respondió la santa vírgen con cristiana intrepidez, que los tormentos mas crueles eran para ella favores insignes, y placeres esquisitos, y que así en vano se cansaba en tentar su fe, y su constancia. Enfurecido el tirano, mandó que la despedazasen de nuevo con garfios agudos, y que la llevasen arrastrando al templo de Diana, para que á lo menos se hallase presente al sacrificio de aquella diosa; pero apenas apareció en él la Santa, cuando el demonio salió del templo, haciendo un espantoso ruido, á que se siguió un rayo que redujo á ceniza la estatua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacia á la religion del Emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con cruellísimos suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroína, que en medio de los mayores tormentos no cesaba de bendecir y de alabar al Señor: hasta que cansado en fin el tirano, lleno de confusion por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza, coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fe y su virginidad.

Fué siempre célebre en Roma la memoria de esta insigne Santa, en cuyo honor se edificó una capilla en el mismo lugar donde estaba sepultada, al pié del monte Capitolino. Pero lo que aumentó mucho mas la celebridad de su culto fué la invencion y la traslacion de sus reliquias en el pontificado de Urbano VIII. Hallóse el sagrado cuerpo entre las ruinas de la primitiva iglesia el dia 25 de octubre del año de 1634. Estaba cerrado en una como caja ó ataúd de barro, la cual descansaba sobre una gran piedra, y todo dentro de un nicho, ó de dos estrechas paredes, cubierto de tierra y de cascajo. La cabeza estaba separada en una fuente ó bacia de cobre toda desgastada y medio roida del orin, y daba indicios de ser cabeza de una doncellita de pocos años. Asistió á esta célebre traslacion el Papa Urbano VIII con

gran número de Cardenales, y desde entonces creció mucho la devocion con Sta. Martina así en Roma como en toda la cristiandad.

SAN ADELELMO Ó LESMES, ABAD, PATRON DE BURGOS.

FUÉ S. Lesmes uno de los mas célebres abades del orden benedictino, y nació á principios del siglo xi en Londun al norte de Poitiers, en Francia, de muy distinguidos padres en nobleza, riquezas y piedad: los cuales aprovechándose de su bello natural, vivo y perspicaz ingenio, sobre formarle en los sólidos principios de la religion cristiana, procuraron instruirle en las ciencias liberales. Despues por voluntad de los suyos, siguió la carrera militar: bien que la licenciabilidad de esta profesion no fué capaz de manchar en lo mas mínimo la pureza de su alma. Muertos sus padres, oyendo en la iglesia, al tiempo de cantarse el Evangelio, aquel admirable consejo de Jesucristo sobre perfeccion, á saber: si quieres ser perfecto, ve, y vende cuanto posees, y dalo á los pobres; hicieron en su corazon tanta impresion estas palabras divinas, que siguiendo el ejemplo de aquel célebre padre de los desiertos de Egipto, el grande Antonio, distribuyó entre los necesitados su cuantioso patrimonio para poder conseguir, libre de los impedimentos de esta vida, los bienes de la eterna. Quejáronse sus parientes del reparto, alegando serles debida la preferencia; pero Lesmes les satisfizo, que en la distribucion no era su ánimo atender á los vinculos de la carne y sangre, sino es granjear por este medio los lucros que ofrecen las promesas divinas en la eternidad.

Pareciéndole menos proporcionada su patria para conseguir el fin á que aspiraba, se ausentó de ella una noche, sin otra compañía que la de un criado fiel, de quien se despidió á poco en el camino, cambiando el vestido con él, dándole al tiempo de la separacion los mas santos y saludables consejos, sobre que no se atreviese jamás á ofender á Dios con el mas leve pecado. Solo dirigió su rumbo á Roma, con el fin de visitar los santos lugares que se veneran en aquella capital, conduciéndose á pié descalzo en la peregrinacion como un mendigo, pidiendo de puerta en puerta el alimento preciso para pasar la vida. Quiso ver en Issoire, pueblo de Auvergne, al célebre Roberto, su conocido, abad del monasterio llamado Casa de Dios, quien le rogó con eficaces instancias se quedase en su compañía para dedicarse al servicio del Señor bajo la disciplina de aquel instituto. No fué posi-

ble detenerle por entonces; pero le prometió volver á su sociedad concluida su peregrinacion.

Habiendo llegado á Roma gastó dos años en satisfacer los deseos de venerar con el mayor fervor, y devocion los santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, manteniéndose de limosna gustosísimo con los demás mendigos, conforme lo ejecutó en toda su peregrinacion, para satisfacer la máxima que Jesucristo recomendó á sus Apóstoles. Vuelto á Francia á cumplir la palabra que dió al abad Roberto, le desconoció á primera vista por lo desfigurado que se puso al rigor de su penitencia, y admitiéndole con las demostraciones del mayor aprecio entre los alumnos de aquel monasterio, vistió con las insignias benedictinas aquel militar de Jesucristo, y no dudó las ventajas que se prometia aquella casa de Dios con un individuo de tan eminente virtud. No salieron frustradas sus esperanzas, pues en muy breve tiempo acreditaron los progresos de Lesmes en la carrera de la perfeccion el concepto que se formó de su persona. A todos los monges llenó de admiracion su oracion continua, su abstinencia, sus ayunos y rigor de penitencia, su profunda obediencia y humildad: tan observante del silencio, que solo hablaba por necesidad, ú obligado de precepto superior: brillante sobre todo en el amor de la paz y concordia de sus hermanos; de forma, que habiéndose propuesto seguir los vestigios de su santo Patriarca, y los de otros héroes recomendables del instituto, lo logró á costa de incensantes mortificaciones.

Sin embargo á que en la religion benedictina se comete el magisterio de los jóvenes á sugetos antiguos y aprobados para el empleo, fiaron este encargo á Lesmes muy á los principios de su entrada, en el concepto de que alentaria en el fervor á los mas tibios con su ejemplo, doctrina y virtud, lo cual se verificó, saliendo de su escuela muchos recomendables discípulos capaces á dar honor al instituto. Por obediencia ascendió al órden sacerdotal, para que fuese útil á los demás fieles, dispensando las funciones del carácter con la edificacion que cabe en un ministro digno del altar.

Habiendo ascendido el abad del monasterio á la dignidad episcopal, todos los monges pusieron los ojos en Lesmes para sucesor, cuyo empleo rehusó por cuantos medios son imaginables; pero rendido en fin á las instancias, y reconvenções de que resistia á la voluntad divina, tuvo tal acierto en el gobierno, que logró ser agradable á Dios y á los hombres, á pesar de ser cosa muy difícil en los superiores, que se interesan en la observancia regular. Pero como todos sus deseos eran por el retiro para de-

dicarse con quietud y tranquilidad en altas contemplaciones, por medio de las cuales le dispensaba el Señor extraordinarios consuelos, resentida además de esto su profunda humildad de los honores que le tributaban en el empleo, le renunció muy contra la voluntad de los monges, confesándose indigno del ministerio.

Los asombrosos milagros, que obraba cada dia Lesmes de prodigiosas curaciones con el santo nombre de Jesus, al que profesaba tanta devocion, que al proferirlo, inclinaba la cabeza, ó fijaba los ojos en tierra en señal de veneracion, hicieron célebre la fama de su santidad en todos los confines de Francia, é Inglaterra; y no pudiendo conseguir en ellos la apetecida quietud por la multitud de gentes que concurrían á él para consuelo de sus almas, y remedio de sus enfermedades, se ofreció ocasion oportuna de disfrutarla en España.

Entendida Costancia, mujer de Alfonso VI, Rey de Castilla y Leon, de la santidad y eminente virtud de Lesmes, persuadió á su esposo, que le rogase pasar á España, á fin de ilustrarla con su doctrina y ejemplo, necesitada por entonces de varones de su clase por estar recién conquistada de los Moros, los cuales dejaron en ella no poca infeccion. Hizo Alfonso el empeño, y condescendió Lesmes con la condicion de que no se le obligase á seguir la corte, pues era su ánimo vivir retirado para dedicarse con tranquilidad al servicio del Señor. Admitida la propuesta, eligió para su habitacion la ermita de S. Juan Bautista contigua á la ciudad de Burgos, con el objeto de hospedar á los pobres peregrinos, que pasaban á visitar el sepulcro de Santiago en Galicia: cuyo oficio dispensó con tanto amor, con tanta afabilidad, y entrañable caridad, que llenaron de asombro á cuantos pudieron entender el esmero de su piedad. En vista de lo cual concedió Alfonso muchas posesiones para que invirtiese sus rentas en tan piadosos designios, encomendándose con su real familia y reino á sus poderosas oraciones para con Dios, bien acreditadas en los prodigios que obraba cada dia.

Ocupado en tan loables hechos, llegó el fin de su vida. Quiso el Señor probarle por medio de una aguda y grave enfermedad, en la que dió pruebas de su pacífico sufrimiento y resignacion en todo con la voluntad de Dios; mostrando una alegría extraordinaria en los dolores mas vivos; ansiosa su alma de disolverse de los vínculos del cuerpo para unirse con Cristo. Recibió de mano del arzobispo de Burgos los Sacramentos con la ternura y devocion propia de su abrasado espíritu, y despues que dió gracias, rogó se llevasen al oratorio de la capilla dicha, y entonando al tiempo de entrar aquellos versos de David: «sálvame,

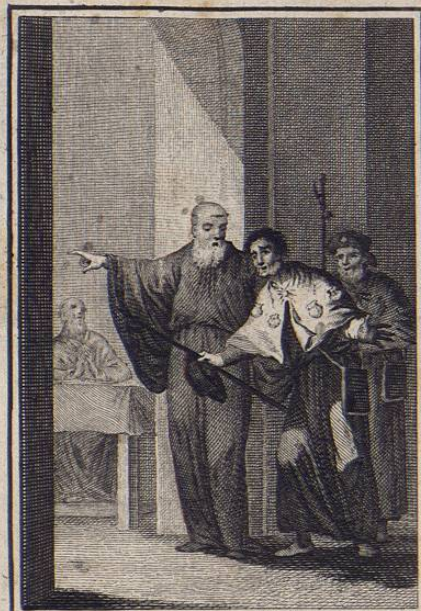
Señor, en tu nombre, y júzgame en tu virtud; en tus manos encomiendo mi espíritu:» abrazado con un crucifijo, pasó á disfrutar los premios eternos el día 30 de enero, como dice el breviario de Burgos, hácia el año 1097, con imponderable sentimiento de la ciudad, que lloró su falta como la de un amoroso padre, que era el refugio de todas sus necesidades espirituales y corporales. Sepultáronle en aquella misma capilla, donde por los años de 1380 se erigió la parroquia de S. Lesmes. La ciudad de Burgos venera á este siervo de Dios por patrono y especial abogado.

SAN LESMES, LIMOSNERO DE SAN JULIAN.

ESTE Santo es diferente del santo Abad de quien hemos escrito la vida, y no el mismo, como piensan algunos; y si se advierten solo algunas circunstancias se verá desde luego que eran diferentes. El nuestro pues no fué de nacion francés, sino español, natural de Burgos, y nació poco despues de S. Julian. Este Santo prendado de su virtud, le persuadió le siguiese desde que comenzó á predicar, como lo hizo por mas de diez y seis años, no dejándole hasta el fin de su vida. No sabemos llegase á ser presbítero, pero las cosas en que sirvió aquel Santo Prelado, hacen verosímil que lo fuese. La prueba convincente de su relevante virtud es que un sugeto tan virtuoso desde su juventud, tan santo siendo obispo, y tan pródigo para con los pobres le tuviese siempre á su lado, sirviéndole de paje, de mayordomo, de secretario y limosnero: todo esto convence cuan hambrientos de distribuir pan y otros socorros á los indigentes, que éstos de recibirlo y comerlo. Al cabo el continuo ejercicio de cargar, medir y repartir trigo á los pobres le ocasionó una lesion en los huesos de los lomos, y un dolor de riñones y de estómago que le duró algunos años y condujo á la sepultura.

Pero lo que da mayor realce á la virtud de Lesmes, es aquella heróica caridad que le hacia mostrarse infatigable á trueque de remediar las necesidades de los pobres, pareciendo que el obispo de Cuenca y su familiar estaban mas hambrientos de distribuir pan y otros socorros á los indigentes, que éstos de recibirlo y comerlo. Al cabo el continuo ejercicio de cargar, medir y repartir trigo á los pobres le ocasionó una lesion en los huesos de los lomos, y un dolor de riñones y de estómago que le duró algunos años y condujo á la sepultura.

Diez años sobrevivió á S. Julian; esto es, hasta el 1218, y los pasó en Burgos, donde murió esclarecido en virtudes, conociéndosele en su aprovechamiento la escuela y maestro que habia tenido. No consta el dia de su muerte, pero suele juntarse la memo-



S. LESMES.

ria de S. Adelelmo que murió en este dia. Su cuerpo fué depositado en la primera catedral que hubo dentro la ciudad, edificada por D. Alfonso VI en el sitio donde estaba su palacio. En la obra nueva que hizo S. Fernando, le pusieron junto al pilar de san Andres y la Magdalena, que hoy es capilla del arzobispo D. Enrique. El año 1680 fué trasladado solemnemente á la capilla de Sta. Catalina, que hoy es de S. Juan de Sahagun. Es invocado por los que padecen dolores de riñones, y el gran concurso de estos enfermos y otros devotos dió motivo á esta segunda traslacion. De esto se deja inferir el culto público que se le tributa en aquella ciudad. Muchos de nuestros escritores y el breviario antiguo de Cuenca le llaman Santo.

La oracion de la Misa es la que sigue :

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste tambien victorioso al sexo frágil en los tormentos del martirio; concédenos benigno la gracia que honrando el nacimiento al cielo de la bienaventurada Martina, tu virgen y mártir, logremos caminar á ti, sirviendonos de guía sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Ecclesiástico.

Rey y Señor, yo te confesaré y te alabaré por Dios Salvador mio: yo daré gracias á tu nombre, porque fuiste mi auxiliador y protector: libraste mi cuerpo de la muerte, del lazo de la lengua inicua, y de los labios de los falsarios; y por cuanto te declaraste mi defensor á presencia de los enemigos que me circundaron. Tú me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los que rugian preparados á devorarme: de las manos de los que procuraban quitarme la vida: de las puertas de las tribulaciones que me circundaron: de la opresion de las llamas que me circulaba, sin que me abrasase en medio del fuego: de la profundidad del infierno: de la lengua impura, palabra falsa, rey inicuo y lengua injusta. Mi alma alabará al Señor hasta la muerte: porque salvas á los que en tí esperan, y los libras de las manos de la afliccion, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES.

Sirvamos á Dios con fidelidad; sirvámosle con perseverancia;

que su Majestad sabrá sacarnos felizmente de todos los malos pasos. Cuanto se multipliquen los enemigos, cuanto mayores sean los peligros, mas debemos contar sobre su proteccion, con tal que no sirvamos á otro dueño, y con tal que estos riesgos, y estos enemigos no nazcan precisamente del empeño de querer servir á otro.

Es la vida una continua guerra; es menester que se sepa de qué banderas se sirve, y por cuyos intereses se pelea. Navegase por un mar borrascoso, y lleno de escollos: si se pierde de vista el norte, no es posible navegar largo tiempo sin hacer naufragio. Es el mundo un país enemigo: todo es tentacion; todo está lleno de emboscadas. Es el domicilio de la injusticia: es el solar de la mala fe: la disimulacion es la potencia dominante. Las pasiones, como leones que rugen, no son forasteras, antes están en él avecinadas. Es propiamente region de trabajos, y de pesadumbres. No hay rocío del cielo que temple sus ardores; y crecen las espinas con el riego de las lágrimas, que por eso es valle de ellas: solamente la multitud de las misericordias del Señor pueden conservarnos en medio del mundo; como conservaron á los tres mancebos hebreos entre las llamas del horno. Solo su misericordia, y su brazo omnipotente nos pueden librar de estos leones rugientes, hambrientos siempre, y siempre prontos á despedarnos. Solo él puede hacernos escapar de los que nos buscan para quitarnos la vida del alma. Sola su mano benéfica puede aliviarnos de las aflicciones que nos sitian; de la violencia del fuego que nos amenaza; de las entrañas del infierno en que nos quieren precipitar tantos enemigos. ¿Quién es el que estudia en ganar la buena gracia del Señor? ¿Quién se mata, quién se aflige por merecer su proteccion? ¿Quién se guarda, quién se desvela por no caer en tantos, y tan grandes peligros? ¿Quién recurre á la oracion sin cesar? ¡Y despues de tanto descuido, se extrañará que sean tan pocos los que se salvan! La negligencia con que se vive en el importantísimo negocio de la salvacion; la portentosa seguridad con que se camina en medio de tanto riesgo; las pocas ó ningunas diligencias que se hacen para recobrar la gracia perdida; todo esto acredita, todo convence, que la reprobacion es obra de nuestras manos, y que por nuestra desgracia trabajamos tanto en esta infeliz obra, que al cabo salimos con ella. ¡Y mientras tanto vivimos con una tranquilidad que puede parecer modorra! ¿En qué se fundará esta fatal seguridad?

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discípulos la vigilancia para conseguir el reino de los cielos, habló con la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo, y á la esposa. De éstas cinco eran necias, y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas no previnieron aceite consigo: por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el esposo, dormitaron todas, y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decia): Ved que el esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas: las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos, no baste para nosotras y vosotras: id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Interin fueron á comprarlo, vino el esposo: con quien entraron á la sala de las bodas, las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Ultimamente vinieron las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábreonos; pero les respondió: En verdad os aseguro que no os conozco. Velad pues, porque ignorais el dia, y hora de mi venida.

MEDITACION.

De la reprobacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera toda la fuerza de aquellas terribles palabras: *Nescio vos*: no os conozco. A la hora de la muerte, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra eterna suerte oír de la boca del Redentor, en quien únicamente teniamos puesta toda nuestra confianza: *En verdad os digo, no os conozco*; y esto sin réplica, esto sin revocacion; ¿qué impresion hará en una pobre alma este decreto fulminante?

La circunstancia hace mas vivo el sentimiento y el dolor. Comparece al mismo tiempo igual número de vírgenes, las cuales son muy bien recibidas. No eran algunas vírgenes de region estraña, ni de diferente condicion que la suya: eran las mismas con quienes habian vivido, cuya conducta, y cuyos ejemplos habian tenido siempre á la vista. ¡O buen Dios! ¡y qué suerte tan